

LA FACETA MÁS ROMÁNTICA DE

**REBECCA
YARROS**

AUTORA DE LA SERIE EMPÍREO

LAS COSAS MÁS PRECIOSAS



REBECCA YARROS

LAS COSAS MÁS PRECIOSAS

Traducción de Yara Trevethan Gaxiola

Título original: *Great and Precious Things*

© Rebecca Yarros, 2020

Primera edición publicada por Entangled Publishing, LLC

Derechos de traducción gestionados por Alliance Rights Agency y Sandra Bruna
Agencia Literaria, S. L.

Todos los derechos reservados

© por la traducción, Yara Trevethan Gaxiola, 2025

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2025

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30960-4

Depósito legal: B. 14.647-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



CAMDEN

Los pulmones me ardieron cuando respiré hondo en busca del oxígeno que les faltaba, y mis dedos se morían de ganas de sostener el cigarrillo que había tirado seis años atrás. La altitud siempre me hacía sentir así, al menos en lo que respecta a la respiración.

¿El intenso deseo de fumar? Aquello era cortesía de Alba, un pueblo de Colorado de 649 habitantes, o por lo menos eso anunciaba el letrero que había visto hacía más de un kilómetro. Aunque, por supuesto, no iba a confiar en un cartel que no se había actualizado desde antes de que yo naciera, lo cual era algo normal en mi localidad natal.

Nada había cambiado desde que me había marchado, y ese era, en gran medida, el mayor problema del lugar. Alba empezaba después de los caminos pavimentados, y era el pueblo fantasma mejor preservado de Colorado; los turistas que inundaban sus calles durante el verano lo mantenían vivo durante el invierno.

El importe que marcaba el surtidor de gasolina aumentaba mientras yo estiraba los brazos hacia el sol del crepúsculo y las cimas nevadas en un intento por devolverles la vida a mis músculos, entumecidos tras el largo trayecto

desde Carolina del Norte. El frío de la brisa de marzo me despejó un poco y di la bienvenida a sus dedos helados sobre mi piel expuesta. Sin duda, a un poco más de tres mil metros de altitud, el clima requería algo más que una simple camiseta.

Un grito ahogado me llamó la atención y me giré hacia la miniván que había aparcado detrás de mi Jeep un minuto antes. Una rubia con unas gafas de sol demasiado grandes para su rostro y un mullido abrigo de invierno se había quedado boquiabierta, con un pie en el asfalto y el otro dentro del vehículo, como si alguien hubiera pausado la escena cuando salía de él.

Bajé los brazos y mi camiseta volvió a su sitio, cubriendo la franja tatuada de mi vientre que, sin duda, la rubia había visto la mar de bien.

Sacudió la cabeza con rapidez y empezó a llenar el depósito de gasolina de su coche.

Al menos no se había persignado ni había retrocedido unos pasos.

O bien se había mudado a Alba en algún momento de los últimos diez años o mi reputación se había atenuado un poco desde que me había alistado en el ejército. Joder, quizá el pueblo me había olvidado por completo.

Terminé de llenar el depósito y me dirigí a la pequeña tienda de la gasolinera para comprar algo de beber. Solo Dios sabía lo que mi padre tendría en el frigorífico.

Un conjunto de campanitas tintineó cuando la puerta se cerró a mi espalda, y asentí a modo de saludo en dirección al hombre mayor que estaba apoyado en el mostrador. Al parecer, el señor Williamson seguía siendo el dueño del establecimiento. Arqueó sus espesas cejas canosas y

me dirigió una sonrisa fugaz. Luego me miró de nuevo, sus cejas cayeron y su sonrisa desapareció de su rostro mientras parpadeaba, confundido. Entonces entrecerró los ojos y me reconoció.

«Parece que mi reputación sigue viva.»

Sin perder tiempo, elegí unas botellas de agua de las escasas opciones y las llevé al mostrador.

La mirada del viejo se desplazaba a toda velocidad entre mis manos y las botellas mientras las marcaba en la caja registradora, como si fuera a robarlas o algo parecido. He sido muchas cosas, pero nunca un ladrón.

Las campanas volvieron a tintinear y pude ver que Williamson se relajaba.

—Buenas tardes, teniente Hall —saludó a su nuevo cliente.

Increíble.

No me molesté en mirar. Ese viejo moralista y testarudo odiaba mi...

—¡Joder! ¿Cam?

No era Tim Hall quien llevaba la placa, sino su hijo, Gideon.

Gideon estaba boquiabierto y sus ojos castaño claro me miraban con asombro. Era una expresión similar a la que había puesto cuando Xander nos había encerrado en el vestidor de las chicas el otoño de nuestro primer año de universidad. Nunca encontré la forma de agradecerle a mi hermano aquella novatada como se debía, aunque nadie hubiera creído que Xander fuera capaz de caer tan bajo. Después de todo, él era el hijo bueno.

—No sabía que los agentes de policía uniformados podían decir palabrotas.

Le eché un rápido vistazo. A diferencia de su padre, Gid seguía estando demasiado delgado como para que le sobresaliera la tripa por encima del cinturón.

—¿A diferencia de los soldados? —repuso él.

—De hecho, eso nos da puntos extra; además, ya no llevo el uniforme. —No lo llevaba desde hacía diecisiete días—. ¿Sabe tu padre que le has robado la placa?

—¿Algo más? ¿Tu...? —Suspiró—. Mierda, ¡no se me ocurre nada! —Su carcajada desató la mía—. ¡Me alegro de verte! —Me agarró para darme un fuerte abrazo y unas palmadas en la espalda; su placa se me clavó en el pecho.

—Lo mismo digo —respondí con una sonrisa mientras nos separábamos—. De hecho, quizá seas la única persona a quien me alegro de ver.

—Vamos, hombre, ¿ni siquiera al señor Williamson, aquí presente? —Gid miró más allá de mí e hizo una mueca al ver la expresión en el rostro de Williamson—. Vale, quizá a él no.

—Nunca le he caído bien —expliqué encogiéndome de hombros, consciente de que el hombre me oía.

—La última vez que estuviste aquí lanzaste a alguien por la ventana —dijo Gid, y señaló el cristal que hacía ya mucho que habían remplazado—. ¿Cuánto hace de eso? ¿Cuatro años?

—Seis —respondí en piloto automático. De las pocas cosas que recordaba de aquella noche, la fecha era una de ellas.

—Seis. Cierto. —El rostro de Gideon se ensombreció, dejando claro que recordaba cuál había sido el motivo de mi última visita a Alba: el funeral de Sullivan.

Un sentimiento de dolor amenazó con ahogarme y ro-

barme lo poco que me quedaba de oxígeno en los pulmones, pero lo reprimí, por millonésima vez desde que habíamos enterrado a Sully.

Dios mío, aún podía oír su risa...

—¿Vas a pagar esas botellas de agua, Camden? —preguntó el señor Williamson.

—Sí, señor —respondí, agradecido por la interrupción, y me giré hacia el mostrador para terminar la compra. No se me escapó la expresión de asombro de Williamson ante mi tono de voz cuando le di las gracias y cogí la bolsa—. Esa porquería te va a matar —le dije a Gideon, que compró un pack de seis refrescos.

—Primero Julie y ahora tú —masculló entre dientes al tiempo que tendía su tarjeta de débito—. ¿Es que un hombre no puede beber en paz?

Qué curioso. Aquello era más de lo que había sonreído en todo el mes anterior.

—¿Cómo están Julie y los niños?

—Induciéndome a beber. —Levantó el refresco en el aire—. No, es mentira, están bien. Julie ya es enfermera, pero eso lo sabrías si tuvieras redes sociales.

—Paso. ¿Para qué?

Gideon le dio las gracias al señor Williamson y salimos de la tienda.

—¿Para qué? No sé, ¿para mantenerte en contacto con tu mejor amigo?

—Para eso está el correo electrónico. Las redes sociales son para personas que necesitan comparar su vida: su casa, sus vacaciones, sus logros. No le veo sentido a salir al porche de mi casa con un megáfono y anunciar lo que he cenado.

—Hablando de cenar, ¿cuánto tiempo te quedas en el pueblo? —me preguntó cuando nos detuvimos entre mi todoterreno y su descolorido coche patrulla—. A Julie le encantaría que vinieras a visitarnos.

—Para siempre —respondí antes de que se me atragantaran las palabras—. Sí, a mí también me cuesta trabajo procesarlo. —Alcé la vista hacia las montañas entre las que Alba dormía. Montañas que había jurado no volver a ver nunca más.

—¿Has renunciado? Pensaba que tenías previsto hacer carrera.

Sí, lo había hecho. Una cosa más que lamentar.

—¿Oficial Malone? —La voz entrecortada de una mujer se oyó por la radio.

—¿Marilyn Lakewood sigue haciendo las llamadas desde la central? ¿Cuántos años tiene? ¿Setenta?

—Setenta y siete —me corrigió Gideon—. Y, antes de que lo preguntes, Scott Malone tiene veinticinco y es un auténtico tocapelotas.

—¿Qué esperabas del hijo del alcalde?

—¿El hijo del alcalde? ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con...?

—¿Oficial Malone? —repitió Marilyn. Su voz se agudizó, estaba molesta.

—¿Tienes que contestar? —pregunté señalando la radio.

—Malone tiene que contestar —masculló al tiempo que asentía con la cabeza—. Fijo que es Genevieve Dawson para quejarse de que el gato de los Livingston está otra vez en su jardín. Si es grave, Marilyn me llamará al móvil. Venga, ponme al día. ¿Cuándo has llegado? ¿Has vuelto para que-

darte? ¿Te vas a mudar al pueblo que dijiste que era el culo de Sata...?

—Me llamó Xander —lo interrumpí con una media verdad antes de que me recordara otra razón por la que había jurado no volver nunca—. Como ya habían pasado seis años, se lo cogí.

—Tu padre —dijo Gideon en voz baja.

—Mi padre.

Entre nosotros hubo un momento de silencio en el que nos comprendimos.

—¡Gideon Hall! —exclamó Marilyn por la radio.

—Teniente —murmuró él hacia el cielo antes de responder—. ¿Sí, Marilyn?

—Puesto que el Chico Maravilla no contesta la llamada, parece que Dorothy Powers ha perdido otra vez a Arthur Daniels. Se ha despertado de la siesta y ya no estaba.

Se me cayó el alma a los pies y miré hacia la montaña. Según Xander, mi padre salía de casa algunas veces a la semana, pero nunca iba muy lejos. El hecho de que Dorothy Powers fuera mayor que él no ayudaba, probablemente ella hubiera necesitado su propia cuidadora.

—En camino. Llama a los buscadores habituales. —Gideon me miró y soltó la radio.

—Mi padre. —¿Cuán lejos podía haber ido?

—Es la segunda vez este mes —explicó apretando los labios—. Voy a la estación a por el todoterreno. Con el coche patrulla no podré llegar a tu casa.

—Ven conmigo. Yo te llevo.

Fue más una orden que una propuesta; no quería esperar. Mi Jeep era alto y tenía buenas llantas deportivas, un motor V8 y capacidad de tracción más que suficiente como

para sobrevivir al apocalipsis. De todos modos, el camino a casa de mi padre no estaría tan mal en esa época del año.

Gideon aceptó y, un minuto después, salimos a la avenida Gold Creek, la arteria principal del pueblo. No hacían falta semáforos, pero las motonieves eran opcionales.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera?

—Seis años. —Lo miré. Pero ¿no acababa de responderle eso?

—No, me refiero a hoy. ¿A qué hora has salido de casa? ¿Dorothy está despierta? ¿Tu padre? —preguntó Gideon, escribiendo algo en el móvil.

—Me encantaría darte un cronograma completo, pero aún no he pasado por casa. —Señalé el asiento trasero de mi Jeep Rubicon de cuatro puertas.

—¿Acabas de llegar al pueblo? —Gideon miró las maletas y las cajas que habían sido mis únicas compañeras de viaje durante el trayecto de tres mil doscientos kilómetros.

—Sí —respondí cuando dejamos atrás el último edificio posterior a la década de 1950 que había en Alba. Cruzamos el puente que se extendía a lo largo de nueve metros sobre el río Rowan y la carretera cubierta de nieve se acabó, lo que marcaba nuestra entrada a la cápsula del tiempo que mantenía Alba con vida—. He pensado que sería buena idea repostar. Alguien me dijo una vez que es más fácil escapar de la policía con el depósito lleno...

A mi izquierda se abría la calle Main. A ambos lados del camino sin pavimentar se alineaban edificios de madera con techos de metal que se llenarían de turistas los siguientes meses, todos en busca de la experiencia de vivir en un verdadero pueblo minero del oeste de la década de 1890.

—Ese alguien ha madurado. Además, por favor, no me

obligues a perseguirte. Este trasto tuyo es una maravilla; quizá deba decirle a Julie que he encontrado el regalo de cumpleaños perfecto.

—Seguro, y que te regale también una escalerita.

Giramos en el centro Hamilton, el punto exacto en el que el dinero de la subvención para la preservación del pueblo se había agotado. A la sombra, la nieve se apilaba contra estructuras que hacía mucho que habían perdido el techo, las ventanas o las paredes.

—Cállate. No todos medimos 1,93.

—Genética. Por lo menos eso nos facilitará localizar a mi padre.

—Es fácil encontrarlo, pero, Cam..., se ha deteriorado mucho —dijo Gideon cuando torcimos por la calle Rose Rowan y emprendimos el ascenso—. Las últimas veces que lo he visto, o no ha sabido quién era yo o me ha confundido con mi padre.

Agarré con fuerza el volante.

—Xander ha llegado al límite. Básicamente me ha dicho que venga o que enviarán a papá a una residencia en Buena Vista, lo que se cargaría su última voluntad: «Tu madre murió en esta casa y yo también lo haré».

—Dame un segundo. —Gideon se llevó el móvil a la oreja—. Hola, señora Powers. Sí, soy yo. —Hizo una pausa y se frotó el puente de la nariz—. Sé que lo está. Sí, lo sé. Vamos a encontrarlo, ya tenemos a algunos buscadores en... Ah, ¿en serio? Bien. Eso ayudará. Estamos como a cuatro minutos.

Tomé la última curva antes de entrar en la propiedad de mi padre y maldije la condición en la que se encontraba; las lluvias primaverales siempre deterioraban el cami-

no, pero parecía que no le habían proporcionado ningún tipo de mantenimiento en años. Los canalones, ocultos bajo el montón de nieve, eran fáciles de arreglar, pero las zanjas, profundas como desfiladeros, que habían formado las riadas habían erosionado el lado derecho del camino y sería necesario mucho trabajo para repararlo.

No es que no hubiera visto senderos más deteriorados en Afganistán o en cualquiera de los otros lugares en los que se suponía que nunca había estado, pero aquel maldito camino era mío.

Gideon colgó el teléfono cuando frené y puse el Jeep en doble tracción.

—¿Cómo llega Dorothy hasta aquí todos los días? —le pregunté al enfilar la cuesta.

El Jeep se balanceó con la fuerza suficiente para que las cajas de la parte trasera se agolparan. Gideon se agarró a la barra antivuelco cuando cogimos una curva sombreada y helada. Aquel punto en particular siempre era el último en descongelarse.

—Ataja por la propiedad de los Bradley. Ya sabes que el juez siempre mantiene su camino asfaltado y limpio.

La propiedad era adyacente a la nuestra, pero aquello nos habría retrasado diez minutos más, y no estaba de humor para pasearme... ni para ver a los Bradley.

Dios, si había alguien en el mundo con derecho a odiarme más de lo que yo me odiaba era...

Un destello azul en el espejo retrovisor me llamó la atención. Gideon se giró.

—Xander —dijo, respondiendo a la pregunta que no llegué a formular—. Esa es su camioneta.

—Bueno, pues será divertido.

—¿Bienvenido a casa? —bromeó.

Lo ignoré descaradamente y cogí la última curva antes de llegar al claro. Había vuelto solo una vez en la última década, pero en mis sueños veía aquel paisaje casi todas las noches.

El sol del ocaso se reflejaba en las ventanas de la estructura de dos pisos en la que crecí y la bañaba con una luz pintoresca que se correspondía con la majestuosidad de la cima desnuda que se alzaba, imponente, detrás de ella.

Mi padre siempre bromeaba diciendo que era más seguro criar a su familia al borde del bosque, donde los incendios forestales no suponían una gran amenaza.

Personalmente, opinaba que sentía un placer perverso al vivir al borde, donde apenas había oxígeno suficiente para cultivar algo.

Puse punto muerto, apagué el motor y recogí la chaqueta, que se me había caído al suelo del coche en la parte trasera.

Cuando Xander aparcó junto a mi todoterreno, yo ya había salido del Jeep y me había abrochado el abrigo North Face negro, deseando que fuera mi chaleco de kevlar. Habría preferido esquivar balas que enfrentarme a él... o a mi padre, ya que estábamos.

—Yo..., mmm..., no debería estar aquí —dijo Gideon, incómodo, antes de dejarme solo en el jardín.

Oí que la puerta de casa se abría y se cerraba al mismo tiempo que Xander hacía lo mismo con la de su coche. Rodeó su camioneta nueva y encerada y se detuvo en seco, sin terminar de subirse la cremallera de la chaqueta.

Toda una vida de recuerdos me asaltaron: lo bueno, lo malo y lo peor. En ese orden.

Se pasó una mano por el cabello rubio y perfecto de muñeco Ken y respiró hondo.

—Camden.

—Alexander. —Pasé los dedos por el borde de la visera de mi gorra de béisbol. Supongo que ambos teníamos nuestros tics nerviosos.

No había cambiado mucho; los mismos ojos azules, la misma figura esbelta. Seguía siendo el evidente regalo genético de nuestro padre al mundo. Lo opuesto a mí en todos los sentidos.

Negó con la cabeza como si le costara trabajo encontrar las palabras y, en lugar de enumerar todas las formas en las que yo le había fallado a nuestra familia, avanzó sobre la gravilla de la entrada del garaje y me abrazó.

—Me alegro de que estés en casa.

Sus palabras me afectaron mucho más que cualquier insulto; aquello habría podido manejarlo, estaba preparado, pero la manera en la que se alejó, me puso las manos en los brazos y me sonrió, con los labios apretados y el ceño fruncido, reteniendo emociones que yo ya no era capaz de... Era algo contra lo que no podía defenderme.

Su sonrisa contenía seis años de ausencia.

—Estás enorme. ¿Con qué os alimentan a los Delta? ¿Y qué es esto? —preguntó señalando mi barba incipiente, al tiempo que daba un paso hacia atrás.

—Boinas Verdes, no Delta —lo corregí con la broma de hace una década y una sonrisa forzada. El estómago se me revolvió.

—Claro, claro. Se supone que los tipos como yo, que nunca ven la acción, no conocen la diferencia. —Recorrió mis rasgos con la mirada como si tratara de memorizarlos

antes de que desapareciera... de nuevo—. Dios mío, Cam. Es solo que...

Sentí náuseas. El hueco que tenía en la boca del estómago se ensanchó hasta convertirse en un abismo de arrepentimiento y culpa.

Xander sonrió de nuevo, presumiendo de sus dientes blancos y simétricos, y de una felicidad que quizá yo nunca llegaría a conocer.

—Es solo que estoy muy contento de que estés aquí.

—Ya lo has dicho. —Iba a vomitar. ¿Cómo podía ser tan amable conmigo?

—Pues es cierto. —Me dio una palmada en el hombro—. ¿Qué te parece si vamos a buscar a papá?

—No pareces muy preocupado.

—Lo estoy, pero, aunque se olvide de mi nombre con frecuencia, jamás se ha perdido en sus terrenos. Hay que localizarlo antes de que baje la temperatura.

Asentí y él se giró hacia la casa. Estábamos a veintitantos grados, pero llegaríamos a cifras de un solo dígito en cuanto el sol se pusiera.

—Ah, bonito Jeep. Te pega —dijo mirando hacia atrás.

Apreté los párpados con fuerza y cogí aire por la nariz varias veces para que la bilis se me deslizara de regreso por la garganta; era como si mi cuerpo no pudiera manejar físicamente las emociones.

Por supuesto que me perdonaba. Por supuesto que me daba la bienvenida con los brazos abiertos. Por supuesto que no había malicia en sus ojos, solo amor puro y sincero. No tenía que agobiarme con todos mis defectos. Él siempre había vivido como un ejemplo, solo siendo quien era. Cada día me demostraba que yo jamás estaría a su altura.

Justo cuando recuperé la compostura, Xander se volvió hacia mí.

—¿Estás bien? —Su voz se tornó grave por la preocupación.

—Sí —mentí. Algo muy propio de mí.

—¿La altitud?

—Algo así.

—Tú asegúrate de beber suficiente agua —me recordó, y arqueó una ceja hasta que asentí para dirigirse luego a la escalera del porche.

Aquella ceja estaba cruzada por el único defecto que jamás había detectado en Xander: una cicatriz que no estaba allí la última vez que lo había visto; una cicatriz corta y delgada que me hizo luchar contra el impulso de vomitar el almuerzo ahí mismo. La cicatriz que yo le había provocado al empujarlo a través del cristal de la ventana de la tienda del señor Williamson.

Xander estaba a medio camino de la escalera cuando la puerta principal se abrió de par en par y Gideon salió corriendo de la casa.

—¡Tiene un arma! —gritó.

Xander se quedó paralizado, dio media vuelta y observó a Gideon bajar corriendo la escalera en mi dirección.

—¿Cómo? —Me quedé mirando a Gid fijamente, con la esperanza de que corrigiera aquella estúpida afirmación.

—¡Tiene la escopeta! Dorothy me lo acaba de decir. Un par de grupos de búsqueda han llegado por el lado de los Bradley.

Gid pasó por delante de mí con grandes zancadas, hablando por la radio que llevaba enganchada al hombro.

—¿Se puede saber por qué papá tiene acceso a una escopeta? —le grité a Xander.

—Yo... —Negó con la cabeza—. Pensaba que las había puesto todas en la caja fuerte. Incluso escondí la llave.

—¿En la lavandería? —preguntó Dorothy, que salió al porche con una botella vieja de suavizante que me era muy familiar.

Al parecer, el tiempo había decidido no meterse más con la señora Powers, porque no había cambiado nada en los diez años que habían pasado desde que me había alistado. Tenía el cabello del mismo tono plateado y lo llevaba cortado como siempre, a la altura de la barbilla. Incluso vestía su habitual abrigo verde de invierno.

—Sí, justo encima de... —Xander suspiró y cerró los ojos—. Justo encima del suavizante que se niega a usar.

—¿Este suavizante que he encontrado en el pasillo de la entrada? —preguntó ella, lanzándole una severa mirada de madre.

—Ese. —Él tensó la mandíbula.

—Dime que escondiste la munición en otro sitio. —«Dime que al menos recuerdas eso después de haber servido tres años en el ejército.» Xander palideció. Increíble—. Hay que encontrarlo antes de que mate a alguien. —Di media vuelta y regresé al Jeep.

Por extraño que pareciera, yo me sentía más cómodo cuando se trataba de armas que de rencuentros sentimentales.

Me quité el abrigo, subí al todoterreno y abrí el cerrojo del portaequipajes que había sujetado el toldo durante mi viaje a través del país. Vender casi todo lo que poseía me había parecido lo lógico en aquel momento, pero había

conservado algunas cosas por razones sobre las que no había tenido tiempo de reflexionar.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Xander, mirándome.

—¿Qué quieres decir? —Encontré lo que buscaba y cerré el portaequipajes. Luego salté al suelo y aterricé frente a Xander, cuyos ojos parecían más grandes que los faros de mi coche.

Dos camionetas más y un coche patrulla aparcaron en la entrada.

—Quiero decir... —Xander vio que los recién llegados hablaban con Gideon, así que bajó la voz—. ¿Qué vamos a hacer? Tiene una escopeta, y el setenta y cinco por ciento del tiempo no sabe quién soy.

Un peso reconfortante se instaló en mi pecho mientras me vestía para la ocasión, antes de abrocharme la chaqueta y atarme los cordones de las botas.

—Pues supongo que nos vamos a buscar a papá.

Hurgué en la guantera del coche y saqué una linterna de mano y un frontal que me guardé en los bolsillos, y solo me detuve lo suficiente para recolocar el pequeño alfil de ónix blanco que descansaba junto al manual del coche para que no se perdiera. Quizá contáramos con otra hora más de buena luz, pero, si no andaba equivocado, tardaríamos más en cubrir las poco más de cuarenta hectáreas que nuestro padre poseía, y eso solo si permanecía dentro de sus terrenos.

—¿No crees que deberíamos dejar que Gideon y la policía se encarguen por ahora? —me preguntó Xander en voz baja.

Me giré hacia donde estaban Gid y los otros cuatro ofi-

ciales que conformaban el cuerpo de policía de Alba. Todos iban armados. Más de dos me fulminaron con la mirada. No podía culparlos, al menos tres de aquellos hombres me habían esposado en algún momento.

—¿Quieres que deje que esos tipos armados encuentren a papá, que también lleva un arma? —No esperé la respuesta de Xander y avancé hacia la sección norte de la propiedad.

—¡Espera! —Él me sujetó por el codo.

Me tensé e hice un gran esfuerzo para no partirle la cara por haberme tocado sin avisar.

—Suéltame.

Debió de advertir mi tono, porque obedeció de inmediato.

—Hay reglas, Cam. Leyes. Ellos saben cómo manejar estas situaciones. Lo último que necesitamos es que pierdas el control.

Ah, ahí estaba: el guante blanco, la sutil condescendencia a la que Xander recurría cuando pensaba que los veinticinco meses que me sacaba le otorgaban derecho a darme órdenes. Nunca había sido muy dado a dar un golpe sobre la mesa para salirse con la suya, sino que insistía de manera sutil hasta que estabas demasiado cansado para objetar.

Yo prefería una estrategia más directa y abierta.

—Tú y tus reglas. ¿Acaso crees que, si les apunta con el arma, ellos no van a disparar?

Xander rio.

—Vamos, son los chicos.

—¿Estás dispuesto a apostar la vida de papá con ese matón de veinticinco años que no se molesta en contestar por radio y ha abierto la funda de su pistola al menos cua-

tro veces desde que han empezado a hablar? Yo no. Sé dónde está y voy a llegar antes que ellos.

Xander se giró hacia el pequeño grupo de Gideon y yo comencé a seguir unas huellas débiles que sabía que desaparecerían tan pronto como llegara a la hierba que cubría la montaña, pero me bastaban para saber hacia dónde había ido. Maldije entre dientes por la altitud; me llevaría unos días acostumbrarme, pero no los tenía.

—¿Adónde vais?! —gritó Gideon.

—¡A encontrar a nuestro padre! —respondió Xander, irradiando confianza.

Puse los ojos en blanco ante aquella declaración pública, pero seguí adelante.

Él me alcanzó y se adaptó a mi ritmo cuando nos adentramos en zonas en las que la nieve ya se había derretido. Nuestros pasos eran iguales; siempre lo habían sido. Mediábamos lo mismo, aunque yo tenía unos dieciocho kilos más de músculo que él.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —dijo cuando las huellas desaparecieron.

—Sí. —Recorrí el terreno con la mirada en busca de alguna señal de que papá hubiera pasado por allí.

—¿En serio crees que sabes dónde está?

—¿Cuánto hace que tiene esa botella de suavizante para la ropa? —pregunté, al tiempo que la grava crujía bajo mis pies. Al menos no nevaba.

—Años —respondió Xander, encogiéndose de hombros.

—Exacto. Una década, por lo menos. Paula Bradley la trajo el año que se puso malo, ¿recuerdas? Trató de ayudar con la colada.

—¿Cómo narices te acuerdas de eso?

—Mi condena es tener una memoria excelente. —Me giré hacia la parte de la propiedad donde estaba enterrado Sullivan—. Créeme, hay mierdas que me encantaría olvidar. ¿Recuerdas por qué no lo usaba?

Llegamos a la cima de una ladera y empezamos el descenso hacia la linde del bosque, manteniendo la cumbre a nuestra derecha conforme avanzábamos por una sección cubierta de nieve.

—Casi no me acuerdo ni de que la señora Bradley lo trajera.

—No le dejaba usarlo, pero él se negaba a tirarlo.

Xander me miró como si no tuviera ni idea de lo que hablaba.

—Tiene aroma de lavanda —dije, respondiendo a mi propia pregunta.

Xander contuvo el aliento.

—Mamá.

—Mamá —repetí cuando llegamos al bosque y empezamos a caminar entre los pinos. A la sombra, la temperatura bajaba hasta resultar incómoda.

—Pero está enterrada al otro extremo de la propiedad, con...

—No es allí adonde va cuando la echa de menos, aunque nunca haya admitido que la eche de menos. —Admitirlo equivaldría a asumir su debilidad, y Arthur Daniels era de todo menos débil.

—El barranco.

—Sí.

Avanzamos por la franja de bosque que cubría aquella parte de los terrenos y salimos a un claro que conocía muy bien. Maldije entre dientes cuando quedó a la vista.

—Oh, no —murmuró Xander.

Ese «oh, no» ni siquiera empezaba a describir la situación. Mi corazón se detuvo a medio latido y luego empezó a bombear adrenalina por todo mi cuerpo.

Papá estaba como a treinta metros a nuestra izquierda, en medio del claro, apuntando con el arma a la única persona que esperaba no volver a ver nunca.

Habría reconocido en cualquier parte aquella complexión, la trenza gruesa de pelo castaño, el perfil con la ligera protuberancia en el puente de la nariz. Joder, yo estaba ahí el día que se la rompió, cuando éramos niños. Había sido yo quien la había sacado de aquella mina.

Estaba a unos quince metros de nosotros, con las manos extendidas al frente, pero no se alejaba de la escopeta de dos cañones que apuntaba directamente a su pecho. Retroceder nunca había estado en su naturaleza, y, si bien siempre me había intrigado su tenacidad, en aquel momento maldije su estúpida testarudez.

Willow Bradley iba a conseguir que la mataran.

La Willow de Sullivan.

«Tienes que ayudarme, Sully», pensé. No podía decirlo en voz alta porque sabía que Xander no lo comprendería.

—Avanza entre los árboles hasta que puedas acercarte a él por la espalda —murmuré, sin darle oportunidad a Xander de discutir—. En cuanto te haga una señal, quítale el arma.

—¿Qué señal?

—Lo sabrás, créeme.

—No te reconocerá. Te va a disparar —replicó entre dientes.

—Mejor a mí que a ella.

Nunca le había tenido miedo a la muerte. Habíamos jugado al gato y al ratón desde que tenía memoria, y algún día perdería. Era así de simple.

Si debía morir, que así fuera.

Avancé.